

JUNTOS

ACTUEMOS HOY
POR UN
MAÑANA MEJOR



Fundamentación de la campaña



INTRODUCCIÓN

Las encíclicas *Laudato sí* y *Fratelli tutti* (en adelante, LS y FT) nos invitan a un mayor compromiso para dar respuesta a la crisis ecológica y social que caracteriza nuestro mundo.

Existe una profunda relación entre la degradación ecológica que amenaza el presente y el futuro de la vida sobre el planeta, y la injusticia e inequidad estructural que relega a grandes masas humanas a la pobreza y exclusión. “No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental” (LS 139)¹.

Los acontecimientos que están marcando los últimos tiempos “nos enseñan la importancia de hacernos cargo los unos de los otros y también de la Creación, para construir una sociedad basada en relaciones de fraternidad” (54ª JMP, 1)².

La campaña de Caritas Internationalis tiene como objetivo sensibilizar y animar a nuestras comunidades cristianas desde el enfoque de los cuidados para promover la ecología integral y la fraternidad universal, en sinergia con otros agentes pastorales, otras confesiones y la misma sociedad civil.

Toda la acción de Cáritas está bajo el paraguas de los cuidados. Una pregunta que hemos de tener siempre presente es ¿qué tenemos que cuidar en nuestra acción para cuidar bien a las personas empobrecidas y la casa común? Estamos llamados a escuchar el grito de la tierra y de los pobres para ofrecer cuidados fraternales y abrir caminos de esperanza (cf. LS 49).



1. Papa Francisco, Encíclica *Laudato sí*. En adelante (LS) y el número correspondiente.

2. Papa Francisco, 54ª Jornada Mundial de la Paz, 2021. En adelante (54ªJMP) y el número correspondiente.



1. LA NECESIDAD DE LOS CUIDADOS EN UNA SOCIEDAD DEL DESCUIDO Y LA DESCONEXIÓN

Vivimos en un contexto social caracterizado por el descuido, la desconexión y desvinculación. En primer lugar, se da una relación de descuido con uno mismo, confundiendo deseos con necesidades, también el descuido de las relaciones interpersonales, fruto del individualismo, que lleva a considerar las relaciones en clave de intercambio e interés y, en tercer lugar, el descuido de la naturaleza, comportándonos en ocasiones, como depredadores.

Una triple separación del ser humano con la naturaleza, con los demás y consigo mismo, que no es solo responsabilidad de la persona, considerada individualmente, sino también, de un modelo y estructura social que no facilita, incluso obstaculiza el cuidado integral. Sin embargo, “cuando estas relaciones son descuidadas, cuando la justicia ya no habita la tierra, la Biblia nos dice que toda la vida está en peligro” (LS 70).

A este descuido le acompaña la desconexión de las instituciones, tradiciones y costumbres, en algunos casos como consecuencia de la desconfianza y la distancia, por ejemplo, ante las instancias políticas. Y esta desconexión está motivada por la desvinculación de los afectos, las identidades y la convivencia, que obstaculizan la fraternidad y el encuentro, corriendo el riesgo de sustituir la vinculación por la conexión virtual, el vínculo por el contacto digital. Frente a la ideología de la desvinculación es necesaria la apuesta por revinculación³.

En este contexto cobra especial importancia la cultura del cuidado para erradicar la indiferencia, el rechazo y la confrontación. *Fratelli tutti* indica que “hemos crecido en muchos aspectos, pero seguimos siendo analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestra sociedad... síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor” (FT 64)⁴. Esta cultura del cuidado parte de un presupuesto antropológico: todo ser humano es vulnerable, interdependiente y ecodependiente. Lo que nos define es nuestra necesidad de ser cuidados y nuestra capacidad de cuidar.

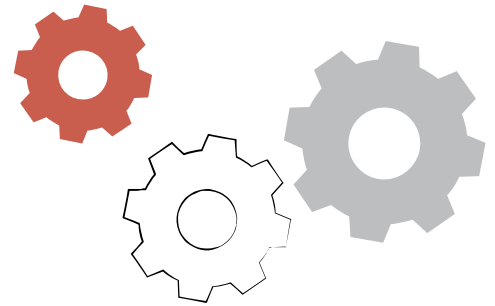


³. Cf. Francisco Prat, *Ética para la Acción Social*, Madrid, 2021, 31-35.

⁴. Papa Francisco, Encíclica *Fratelli tutti*. En adelante (FT) y el número correspondiente.



Esta propuesta del cuidado forma parte del planteamiento de la ecología integral “que incorpora claramente las dimensiones humanas y sociales” (LS 137). Por ello, va más allá de la ecología ambiental, reclama una ecología económica y social, que sea respetuosa con el medioambiente y quienes lo habitamos; una ecología cultural cuidando las riquezas culturales de la humanidad en su sentido más amplio, que asegure una ecología humana, es decir, una mejora integral en la calidad de vida para un auténtico desarrollo humano, lo cual es inseparable del bien común y la justicia (LS 138-162). El planteamiento de la ecología integral invita, pues, a buscar soluciones integrales para combatir la pobreza y simultáneamente para cuidar la naturaleza, la casa y a los que habitan en ella (LS 139). Así, se convierte en referente, horizonte y proyecto para transitar desde una ‘cultura del descarte’ a una ‘cultura del cuidado’. Todo un desafío educativo y evangelizador.

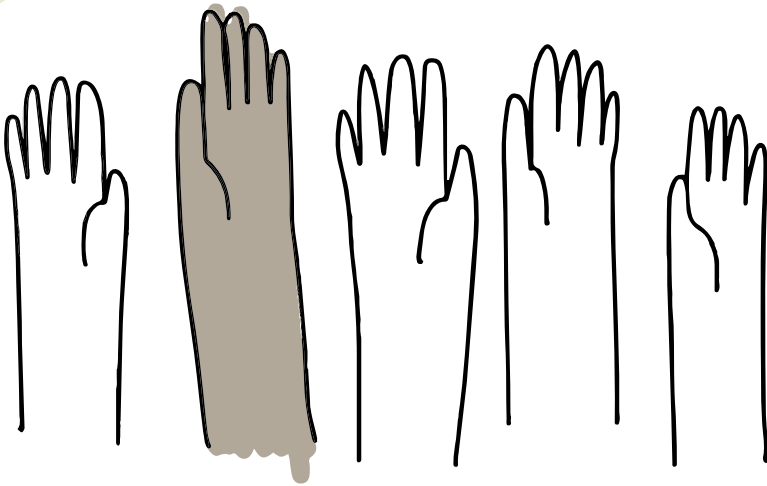


2. EL DIOS “TODOCUIDADOSO”, ORIGEN Y MODELO DE LOS CUIDADOS

En las Sagradas Escrituras encontramos “grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos más frágiles” (LS 64). El Libro del Génesis revela la importancia del cuidado y la custodia en el proyecto de Dios para la humanidad. En el relato de la Creación, Dios confía el jardín “plantado en el Edén” a las manos de Adán con la tarea de “cultivarlo y cuidarlo”, comenzando por el ser humano a quien otorga la máxima dignidad por ser creado a imagen y semejanza suya (Gn 2, 8.15). La imagen de “jardinero-custodio” explica bien quienes somos y nos sitúa en el orden justo de la Creación y en la relación con las criaturas.

La vida y el ministerio de Jesús encarnan el punto culminante de la revelación del amor cuidadoso del Padre por la humanidad (Jn 3,16). En la sinagoga de Nazaret, Jesús se manifestó como Aquel a quien el Señor envió y ungió «para anunciar la buena noticia a los pobres, proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dejar en libertad a los oprimidos» (Lc 4,18).

Cuando los evangelios resumen la acción y vida de Jesús, siempre la ponen en referencia su atención a los enfermos y a los pobres: “Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados” (Mt 11, 4-5). En su compasión, Cristo se acercaba a los enfermos y los curaba; perdonaba a los pecadores y les daba una vida nueva. Jesús es el Buen Pastor que cuidaba de las ovejas (Jn 10,11-18;



Ez 34,1-31), es el buen samaritano que se inclinaba sobre el hombre herido, vendaba sus heridas y se ocupaba de él (Lc 10,30-37).

Jesús sellará su cuidado ofreciéndose a sí mismo en la cruz. De esta manera abre el camino del amor e invita a seguirle. Así fue configurando una comunidad de seguidores que después de su Resurrección continuará su misión, esforzándose por hacer de la comunidad un hogar acogedor, abierto a todas las situaciones humanas, listo para hacerse cargo de los más frágiles (Hch 4,34-35) (54ª JMP, 4).

La parábola del buen samaritano, es un gran icono iluminador para los cuidados. ¿Cómo situarse ante quienes están al costado de la vida? *Fratelli tutti* advierte que cada día nos enfrentamos a la opción de ser buenos cuidadores samaritanos o ser viajeros indiferentes (FT 70). Ver, dejarse afectar, ser cercano, estar disponible para abrirse a la sorpresa del herido son actitudes fundamentales para el cuidado samaritano (FT 63).

La parábola no se queda solamente en la caridad asistencial, sino que invita a vivir la caridad política, a que resurja la vocación de ser ciudadanos encaminados a la prosecución del bien común, siendo parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas (FT 66, 77).

La parábola nos ayuda, también, a descubrir el “cosmopolitismo samaritano”, es decir, que “al amor no le importa si el hermano herido es de aquí o es de allá. Porque es el «amor que rompe las cadenas que nos aíslan y separan, tendiendo puentes; amor que nos permite construir una gran familia donde todos podamos sentirnos en casa. Amor que sabe de compasión y de dignidad” (FT 62)

Este compromiso es personal, pero no individualista. El samaritano contó con el posadero. Estamos invitados a encontrarnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de acciones individuales (FT 78). En ese sentido, la parábola nos muestra iniciativas para construir comunidades samaritanas y cuidadosas formadas por hombres y mujeres que se hacen cargo de la fragilidad de los demás, se hacen prójimos, levantan y rehabilitan a los caídos, y trabajan por el bien común para evitar una sociedad de exclusión y el deterioro de la casa común (FT 67).



3. LA COMUNIDAD CRISTIANA COMO CUIDADORA

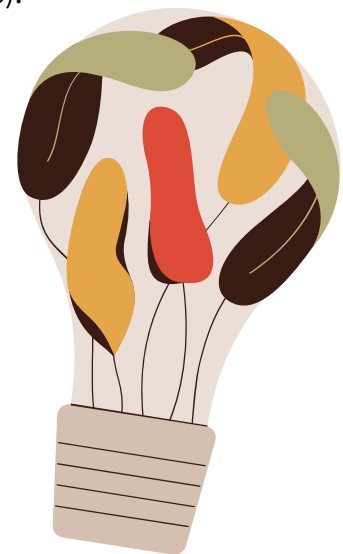
La pandemia nos ha hecho ver que nadie puede pelear esta vida aisladamente. Se necesita una comunidad que nos sostenga, nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante, una comunidad de pertenencia y solidaridad (cf. FT 8).

La comunidad de cuidados se configura como **comunidad fraterna** compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros y de los demás, especialmente de los más vulnerables; como **comunidad misionera y samaritana** en marcha y en camino, que sale a las periferias para curar y cuidar, para buscar al perdido sin prejuicios y miedos, y siempre dispuesta a ensanchar el espacio de su tienda para acoger a todos; como **comunidad profética**, formada por testigos del cuidado, que denuncia las injusticias para superar las desigualdades sociales.

El cuidado de la casa común y de nuestros hermanos y hermanas ha de ser, por tanto, una acción comunitaria y universal: “Todos tenemos la responsabilidad de sobre el herido que es el pueblo mismo y todos los pueblos de la tierra. Cuidemos la fragilidad de cada hombre, de cada mujer, de cada niño y de cada anciano con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano” (FT 79).

El cuidado es buena noticia evangélica, por ello varias son las tareas pastorales de la Iglesia en el cuidado integral:

- **Dar prioridad al cuidado como misión:** el cuidado debe ser un eje vertebrador de la pastoral, desde la revolución de la ternura, para crear nuevas formas y estilos personales y comunitarios que superen la indiferencia y las barreras de la burocracia. El cuidado implica contemplar la realidad, pero desde la periferia, con mirada compasiva por el dolor del que está al costado de la vida e indignada por la injusticia evitable (FT 68).
- **Promover la pedagogía de la proximidad** en la que lo relevante no es solo saber quién es mi prójimo, sino también la acción de aproximarse, de hacerse prójimo (FT 80). La propuesta es hacerse presente ante el que necesita ayuda, sin importar si es parte del propio círculo de pertenencia, dar a nuestra capacidad de amar una dimensión universal, capaz de traspasar todos los prejuicios, barreras históricas o culturales y los intereses mezquinos (FT 81, 83).



- **Motivar una pastoral del cuidado:** nuestras comunidades y parroquias tienen que concretar acciones que procuren el cuidado de cada persona y de todo su entorno. También cuidar a los que cuidan y animar a los agentes de pastoral para que no se sientan solos en la tarea encomendada. Es necesaria, en definitiva, una pastoral que se acerque a las personas en sus problemas y dificultades concretas proponiéndoles un mensaje de esperanza. Francisco subraya en FT que es muy necesario que “la catequesis y la predicación incluyan de modo más directo y claro el sentido social de la existencia, la dimensión fraterna de la espiritualidad, la convicción sobre la inalienable dignidad de cada persona y las motivaciones para amar y acoger a todos” (FT 86).

Las Cáritas parroquiales han de realizar una importante labor de animación de la misma comunidad, ayudándola a enfocar su acción pastoral desde el cuidado de las personas y de la Creación.



4. CLAVES DE ACCIÓN PARA PROMOVER EL CUIDADO

La pandemia ha puesto de manifiesto nuestra fragilidad y la interdependencia de las personas para salir adelante. Por eso estamos llamados a cuidarnos, a cuidar de los demás, de la familia humana, de la Tierra que es nuestra casa común, y a promover la cultura del encuentro.

Algunas claves de acción para promover comunidades de cuidados son:

4.1. EL CUIDADO DE UNO MISMO

El cuidado de uno mismo es aquello que en buena parte me permite cuidar mejor a los demás. El autocuidado, lejos de ejercer una suerte de amor propio que solo mira hacia la salvación de uno mismo, es una llamada de amor a uno mismo que no queda clausurado en ese “mi mismo”, sino que permite la adecuada apertura hacia los demás. ¿Si ese amor no está en tu vida como puedes ofrecerlo?



Expresión de ese propio cuidado es la acogida de un mismo. Acogerse es quererse con las capacidades y limitaciones que nos acompañan. Al acogernos nos cuidamos. Cuidarse tiene que ver con satisfacer aquellas necesidades que humanizan nuestro vivir diario sin confundirlas con los deseos. El cuidarse ha de ser integral, es decir, cuidar el cuerpo y el espíritu. Cuidar el cuerpo genera mayor salud y bienestar y cuidar el espíritu es cuidar lo que nos motiva, nos anima e impulsa⁵.

4.2. EL CUIDADO DE LOS MÁS VULNERABLES. LA CULTURA DEL ENCUENTRO

“Todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra” (EG 209). El rostro del otro, especialmente del vulnerable, se me impone y exige de mí una respuesta. Cuidar es estar ahí, que el otro perciba que yo estoy con él, reconociéndole persona y ser singular, en sus debilidades y sus posibilidades.

La palabra clave de este tipo de cuidado es el acompañamiento. El cuidado significa acompañar allí donde la persona sufre. Entendemos por acompañamiento el establecimiento de un vínculo con la persona que implica estar al lado y caminar junto a ella.

En la intervención social cuidar es trabajar por el reconocimiento de la dignidad del otro y sus derechos. Una cosa es ser vulnerable y otra ser vulnerado. No podemos olvidar que la fragilidad reclama amparo, ayuda y cuidado, pero la vulneración exige reparación, sanación y transformación. Es cuestión de justicia. Todo ser humano tiene derecho a vivir con dignidad y a desarrollarse integralmente, a llevar una vida digna a través del trabajo (FT 106-107, 162).



5. L. Aranguren, “La Ética del cuidado y la vida en el centro”, en Corintios XIII nº 176, 93.



En la acción caritativa y social no cabe hablar de extraños, en tanto que nada humano nos es ajeno. La caridad cristiana no entiende si el otro, el que sufre, es de acá o de allá, solo entiende de compasión y dignidad (FT 62). La hospitalidad es el valor ligado al cuidado de los extranjeros, que consiste en la capacidad de convertir al extranjero en invitado, al lejano en cercano, al indocumentado en amigo⁶.

La fraternidad universal reclama una cultura, que vaya más allá de las dialécticas que dividen y enfrentan, que busque los que nos une a pesar de las diferencias (FT 215). La cultura del cuidado es inseparable de la cultura del encuentro. Se necesita el diálogo y consenso, acogida y hospitalidad, fecundo intercambio y horizonte universal. Se trata de salir de sí mismo para acoger al otro (FT 133-139).

Colaborar en la cultura del encuentro compromete a toda la Iglesia al reto global de la movilidad humana, facilitando el acceso y restitución en derechos a personas migrantes y refugiadas e incorporando a nuestra acción social el modelo de la hospitalidad, la interculturalidad y el cosmopolitismo samaritano (FT 130). Para lograrlo hay que ayudar a las comunidades locales a prepararse para la convivencia, para que no haya más muros que nos separen, que no haya más “otros”, sino solo un nosotros tan grande como toda la humanidad⁷. Ese “nosotros cada vez más grande” solo se construye cuando cada corazón se atreve a ser samaritano ensanchándolo ante los que llegan, crece en cada comunidad cristiana cuando aprende a acoger, proteger, promover e integrar y lo celebra en la eucaristía, y crece cuando aprendemos a caminar con la sociedad civil, aportando nuestras miradas de fe y la sabiduría del camino recorrido.



6. Ibid, 95.

7. Cf. Papa Francisco, 107ª Jornada Mundial del Migrante y Refugiado 2021, “Hacia un nosotros cada vez más grande”.



4.3. EL CUIDADO DEL BIEN COMÚN

Los cristianos estamos llamados desde el Evangelio y el proyecto del Reino a implicarnos en la tarea de construir nuestra sociedad y para eso hemos de avanzar en la participación y compromiso en lo social y público. “Una auténtica fe siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo” (EG 183).

La irrupción del grito de la tierra junto con los gritos de los pobres hace necesaria una ciudadanía ecosocial que ponga la vida en el centro y sea capaz de armonizar la lucha por la justicia y el cuidado de los más vulnerables. Cuidados y justicia han de caminar de la mano para construir una sociedad más humana, al servicio de la vida, especialmente de la vida humana.

“Cada aspecto de la vida social, política y económica encuentra su realización cuando está al servicio del bien común, es decir del conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos y cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección” (54ª JMP, 6).

El bien común es el principio fundamental para la propuesta de ecología integral, porque el bien más básico y universal es la Creación misma. Sin aire, sin agua, sin alimentos y sin una casa común habitable, resulta difícil imaginar una vida plena. La tutela del medio ambiente, por tanto, constituye un desafío para toda la humanidad, se trata de un deber común y universal, de respetar un bien colectivo (LS 156).

El cuidado del bien común exige la caridad política. Se trata, por tanto, de “generar procesos sociales de fraternidad y justicia para todos”, que permitan modificar las condiciones sociales que provocan sufrimiento (FT 180, 186). Así como promover el cuidado de la tierra y sus bienes para no esquilmarla y que puedan ser disfrutados también por las generaciones venideras” (LS 159-162).

Las comunidades parroquiales han de ayudar a redescubrir y acompañar la vocación de ser ciudadanos, encaminados a la prosecución del bien común (FT 66, 77). Urge regenerar la vida política y formar ciudadanos responsables, concienciando y fortaleciendo una cultura participativa, asociativa y de los cuidados.



4.4. EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN

La cultura del cuidado mira hacia la casa común porque “cuidar el mundo que nos rodea y contiene es cuidarnos a nosotros mismos” (FT 17).

La encíclica *Laudato si'* constata plenamente la interconexión de toda la realidad creada y destaca la necesidad de escuchar al mismo tiempo el clamor de los necesitados y el de la Creación. De esta escucha atenta y constante puede surgir un cuidado eficaz de la tierra y de los pobres desde el planteamiento de la ecología integral, que busca el equilibrio entre la conservación de lo creado y el desarrollo humano.

El Papa nos pide que hagamos un buen uso de los dones que el Señor nos ha confiado para conservar y hacer aún más bella su Creación. Esto significa el respeto a la naturaleza y un estilo de vida más sencillo y austero (LS 222). Es necesario reivindicar el buen vivir, expresión de auténtica calidad de vida que implica “una armonía personal, familiar, comunitaria y cósmica, y que se expresa en su modo comunitario de pensar la existencia, en la capacidad de encontrar gozo y plenitud en medio de una vida austera y sencilla, así como en el cuidado responsable de la naturaleza” (Querida Amazonia 71).

Es necesario dar un enfoque ecológico a nuestra acción pastoral. De cara a nuestras comunidades sería muy interesante abordar la cuestión ecológica en nuestras catequesis, celebraciones, retiros espirituales y espacios formativos.

4.5. UNA ESPIRITUALIDAD QUE ANIMA Y MOTIVA EL CUIDADO

El cuidado necesita de la espiritualidad “porque no será posible comprometerse en cosas grandes solo con doctrinas sin una mística que nos anime, sin unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria” (LS 216).

Desde el planteamiento de la ecología integral, la espiritualidad cristiana nos ayuda a descubrir que la relación con Dios, con los hermanos y con la misma Creación tiene como fuente y fruto

al mismo Dios que cuida y se relaciona con toda su Creación. La espiritualidad que motiva el cuidado se fundamenta en la llamada a la fraternidad, en apertura: a Dios, a los hermanos y a la hermana naturaleza. Dios nos invita a volver a Él para ir al encuentro de los más frágiles y de la Creación (FT 272).

Es necesario cultivar una espiritualidad del cuidado, estímulo y consuelo, que ahonda en la vocación del cuidado del otro, como participación en el plan creador y cuidador de Dios. Complementariamente incluye una espiritualidad de la fragilidad que reconoce la propia vulnerabilidad y la vive como un don: el don que puede ser para otros dejarse cuidar.

Mística y acción van de la mano. Esta espiritualidad, por tanto, es encarnada, de ojos abiertos y manos extendidas, alimentada en la eucaristía y alentada por la esperanza pascual.



CONCLUSIÓN

Nuestro mundo herido necesita de personas y comunidades saludables que pongan la vida en el centro y la cuiden. Por tanto, la llamada de la campaña de Caritas Internationalis *Juntos. Actuemos hoy por un mañana mejor* es una invitación a promover comunidades de cuidados que se hagan cargo de la dignidad humana, la solidaridad con los pobres y vulnerables, “la preocupación por el bien común y la salvaguarda de la Creación” (54ª JMP, 6).

JUNTOS

ACTUEMOS HOY
POR UN
MAÑANA MEJOR



WWW.CARITAS.ES